

¿QUÉ SIGNIFICA LA PASCUA DE JESÚS?

(José Arregui, en *Cuadernos de Teología Deusto*, 33 (2005), pp. 61-88).

1. El *amén* de Dios

Dejando atrás "una curiosidad pesada y compulsiva respecto a eventuales prodigios" (A. Gesché), nos abrimos a la acción Dios y al mensaje alegre de los discípulos/as. ¿Qué significa la Pascua? La pregunta ha quedado respondida aquí y allá, desde diferentes ángulos. Recojamos ahora los diversos elementos de respuesta sobre el sentido de la Pascua. La pregunta por el sentido de la Pascua no es distinta de la pregunta sobre el contenido de la fe, sobre el hecho o el acontecimiento pascual. La cuestión sobre el sentido y la cuestión sobre el hecho son inseparables, porque no tenemos más acceso al "hecho pascual" que la afirmación pascual de fe, y porque, a la vez, la fe no tiene sentido sino en cuanto se refiere a algo, en este caso a lo que Dios ha hecho con el crucificado y sigue haciendo con todos los crucificados.

¿Qué afirma, pues, la confesión pascual? No cabe decirlo de una única manera, ni cabe decirlo del todo. Por otra parte, sólo cabe decirlo en sinfonía de palabra, corazón y praxis. La fe no es una afirmación de hechos que tuvieron lugar en el pasado. Ni tampoco es un "tener por ciertas" ciertas acciones teológicas (de Dios). La fe es confesar con los labios, asentir con el corazón y practicar en la vida la presencia pascual de Dios, pues, como dice Moltmann, la Resurrección no es algo puntual, sino un proceso, "no es un hecho, sino un camino". La fe pascual es también buscar palabras para decirlo.

Pues bien, podemos decir: la Pascua es el Amén de Dios, es el sí sereno y rotundo de Dios a Jesús crucificado, al Dios del crucificado, a toda la historia crucificada. La Pascua es el sí definitivo de Dios.

1. *La Pascua es el sí de Dios a Jesús.* "El sí irrevocable de Dios a Jesús y a la vida de Jesús, desautorizando el *no* de sus representantes" (J.I. González Faus). La Pascua no es la mera permanencia de Jesús en el recuerdo o en la fe, sino que es la rehabilitación del condenado en cuanto justo, la ratificación del crucificado como "señor" (es decir, amigo y servidor) de la vida, la confirmación definitiva de su vida y de su causa, de su mensaje y su esperanza.

La Pascua es el sí de Dios a lo que Jesús fue, hizo, dijo, esperó, amó. La fe pascual afirma que Dios estaba del lado de Jesús, estaba con él en su palabra, en su vida, en su muerte. La fe pascual confiesa que Dios ratifica la buena noticia de Jesús a los pobres, la comunión de mesa de Jesús con los pecadores, la curación de los enfermos por Jesús, la solidaridad de Jesús con los crucificados.

2. *La Pascua es el sí de Dios al Dios de Jesús.* "La Pascua significa (...) que el Dios que resucitó a Jesús crucificado se identifica con la imagen escandalosa de Dios que Jesús había asumido en toda su existencia" (H. Kessler). "Ahora bien, si Dios se identifica con esta imagen afirmada por Jesús (hasta la muerte) resucitándole, entonces Dios se muestra y define de modo efectivo y para siempre como la 'realidad' que salva de hecho a los perdidos (...), como aquel que mantiene su fidelidad a las criaturas y cuyo

amor es más fuerte que la muerte" (H. Kessler). "Si Dios se revela en la resurrección del Cristo crucificado en impotencia, entonces Dios no es la quintaesencia del poder, como lo representa el César romano, ni tampoco la quintaesencia de las leyes, como lo sugiere el reflejo del cosmos griego. Dios es más bien, la fuerza que da vida, que enriquece a los pobres y levanta a los humillados y resucita a los muertos" (J. Moltmann).

La fe confiesa que Dios pronuncia su nombre en la mañana de Pascua, y que es Pascua cada mañana. Dios es "el que resucita a los muertos", recrea la vida, dignifica al humillado. Dios es el poder del amor, poder entrañable y tierno, amor indigente y poderoso, amor vulnerable e invencible, más fuerte que la muerte en el seno de la muerte, más fuerte que la cruz en la entraña misma de la cruz. Dios es el consuelo de la solidaridad. Es Dios de vida. Es un Dios con nosotros, un Dios para nosotros, un Dios en nosotros, en nuestra cruz y en nuestro gozo. Es Espíritu consolador, "*amor derramado en nuestros corazones*" (Rm 5,5) y en la entraña de toda criatura.

3. *La Pascua es el sí de Dios al ser humano y a todo el cosmos.* "La fe en la resurrección es la fe en Dios de los que aman y mueren, de los que cargan con el dolor y con la tristeza. Es la gran esperanza que consuela y alienta" (J. Moltmann). La Pascua significa el sí, el *amén* de Dios (2 Cor 1,20) a todas sus promesas, a todas las semillas de esperanza que laten en el corazón del ser humano y de la creación entera. La fe en la Pascua significa que "somos liberados para posibilidades nuevas, auténticamente humanas", que la libertad es posible: "la libertad para aceptar que, a pesar del pecado y la culpa, somos acogidos por Dios; la libertad de poder vivir en este mundo terrenal sin desconfianza radical respecto a la existencia; la libertad de plantar cara a la muerte, que no tiene la última palabra; la libertad de comprometernos desinteresadamente en favor de otros (...); la libertad de aceptar experiencias de paz, alegría y comunicación, y entenderlas como manifestaciones, si bien fragmentarias, de la presencia del Dios vivo, portadora de salvación; la libertad de incorporarnos a la lucha por la justicia económica, social y política; la libertad de estar libre de uno mismo para estar a disposición de los demás, libre para hacer el bien a los demás" (E. Schillebeeckx).

La Pascua anuncia a todos los condenados de todos los infiernos: ¡No temáis! Tened esperanza. El crucificado os acompaña en vuestro tormento. No estáis solos. El resucitado os tiende la mano. No estáis abandonados. Dios está con vosotros. No estáis condenados. "Hay alguien que llevó la esperanza al infierno. Dante ha sido refutado" (J. Moltmann). "Puesto que Cristo estuvo en el infierno, ninguno que allí esté carece de esperanza. Eso significa entonces que para la fe cristiana el 'infierno' ya no es lo que antes se suponía que era: una infinita cámara de tortura religiosa. Sus portones están abiertos, sus muros quebrados: el trompetazo de la liberación ya suena en el 'infierno' " (J. Moltmann).

Que hay infierno, nadie lo puede negar: no hay más que mirar la tristeza en los ojos de los supervivientes de una patera, la desesperación de quien opta por quitarse la vida, la destrucción de las personas y de los pueblos que padecen el terrorismo o el antiterrorismo global y las guerras preventivas; no hay más que leer un relato de tortura. Pero la fe pascual anuncia la esperanza de que nada de eso es definitivo para la humanidad y para ninguna criatura.

La Pascua significa que el infierno como lugar de tormento eterno queda radicalmente derogado por el poder de la solidaridad divina. La Cruz manifiesta que

Dios no es el omnipotente impasible de muchas teologías y espiritualidades, sino la solidaridad con todos los crucificados, con las víctimas crucificadas e incluso con los verdugos que crucifican. Y la Pascua manifiesta que la compasión de Dios es más poderosa que el viejo principio de la expiación y que el viejo mecanismo de la venganza.

Creer en la resurrección es creer que la muerte no es el fin, que la cruz de un condenado no es su destino último, que para ningún condenado –ni siquiera para el crucificado "culpable"– la cruz es la última palabra, que la justicia de la bondad y la ternura son y serán la última palabra, la palabra del juicio final para toda la creación. Creer en la resurrección significa que Dios es el supremo poder de la compasión solidaria para todas las cruces, para todos los justos crucificados e incluso para todos los injustos que crucifican. Creer en la resurrección significa que la vida de Jesús es la medida y el cánón de toda vida, que pasar la vida haciendo el bien es encarnar a Dios en el mundo, que curar y liberar es la cima de la vida, aun cuando esa vida acabe desangrándose en una cruz. Creer en la resurrección es creer que la cruz alguna vez florecerá. Creer en la resurrección es esperar que la última palabra será de Dios, como lo fue la primera, y que esa palabra será la vida para todos los vivientes, la paz para todos los seres, pues la acción pascual de Dios no es solamente un hecho acontecido en la historia humana y que afectaría únicamente a los seres humanos, sino un acontecimiento que afecta a toda la creación, la primavera de una nueva creación, esperanza de liberación para todas las criaturas sufrientes. Creer en la resurrección es creer que, "al igual que la historia, también la naturaleza es 'escenario de la gracia y espacio de la salvación' " (J. Moltmann), es creer que "Dios no olvida nada de lo que haya creado. Nada se le pierde. Todo lo restaura" (J. Moltmann).

2. "Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe"

He dicho al principio que la Pascua –en cuanto hecho y en cuanto confesión– fue el elemento fundante de la primera comunidad cristiana, de su fe y de su vida, y que lo sigue siendo para nosotros. Pero el término "fundante" quedaba allí pendiente de ulterior aclaración. Una vez tratadas las cuestiones relativas al origen, al motivo y al contenido de dicha confesión, es el momento de preguntarnos sobre el significado del término "fundante": ¿significa que la resurrección de Jesús es el fundamento por el que creemos o significa, más bien, que es lo fundamental de nuestra fe? Creo que es preciso optar por el segundo significado. Tal vez no haya que establecer una rigurosa contraposición entre ambas formulaciones, pero se trata de algo más que de un matiz.

"Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe" (1 Cor 15,17), escribe Pablo. Pero ¿cómo interpretar esta afirmación? Creo que la utilización que se hace de esta cita suele ser generalmente abusiva, al menos en la medida en que se considera la resurrección de Jesús como prueba de la verdad de nuestra fe y de nuestra esperanza. Como si la fe fuese incierta, pero la resurrección cierta. Como si la fe fuese una opción discutible y la resurrección un hecho constatable. Como si la resurrección fuese la prueba y el fundamento de la fe y de la esperanza. Como si se dijera: "Creemos que Jesús es el Mesías y el Hijo de Dios, porque sólo él ha resucitado. Y podemos esperar que resucitaremos, porque Jesús resucitó. Si Jesús no hubiese resucitado, no tendríamos ninguna razón para pensar que Jesús es distinto de otros muchos profetas, ni tampoco para esperar que nosotros resucitaremos". Creo que afirmaciones de este estilo, todavía bastante recurrentes, no son correctas, en la medida en que parecen sugerir que la fe se

fundamenta en datos positivos exteriores a la misma fe y en la medida en que parecen convertir la resurrección en un dato empírico.

Aunque la formulación de Pablo pueda prestarse a ese tipo de interpretaciones, no parece que fuese ésa la lógica de Pablo, pues éste nunca aduce unos hechos históricos (ni siquiera al Jesús histórico) como fundamento de su confesión de Jesús en cuanto Mesías o Hijo de Dios, ni aduce unos datos empíricos (sepulcro vacío, apariciones...) como prueba de su fe en la resurrección de Jesús. Pablo creyó porque él mismo tuvo una profunda experiencia, no necesariamente paranormal, del crucificado en cuanto Mesías, Señor e Hijo de Dios, fuerza y sabiduría y salvación de Dios, su plena revelación y su *amén* definitivo a todas las promesas. Para llegar a esta confesión, Pablo recorrió su particular "camino de Damasco", como María de Magdala recorrió su camino temprano al sepulcro, como Pedro volvió a recorrer los caminos de Galilea, los discípulos anónimos su camino de Emaús, y cada uno de nosotros nuestros propios caminos de cruz y de pascua.

Propiamente hablando, Pablo no creyó en el crucificado *porque* Dios le había resucitado, sino que *creyó precisamente que* Dios había resucitado/exaltado al crucificado. Y al decir que "si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe", no quiere decir que la resurrección sea el argumento que sostiene nuestra fe, sino el núcleo que la constituye. Si realmente Dios no ha resucitado a Jesús, nuestra fe en Dios y nuestra esperanza en Él son efectivamente mera ilusión; la cruz de Jesús y de todos los crucificados seguiría entonces siendo la última palabra. Pero creemos que la justicia y la ternura, la compasión y la curación son, serán, la última palabra. Creemos que Dios es, y que es como Jesús lo encarnó y que hace con todos los crucificados lo que confesamos que ha hecho con Jesús: resucitar y rehabilitar. Creemos que hay Pascua, a pesar de todo, y a pesar de nuestros desfallecimientos.

Y ¿por qué creemos que hay Pascua, que hay Dios? No ciertamente porque unos cuantos "milagros" o incluso el "mayor milagro", la resurrección, lo prueben, pues en primer lugar habría que probar esos mismos "milagros". Más bien, y con todas nuestras inseguridades, creemos en el Dios de la Pascua porque en el mundo ha existido y sigue existiendo la bondad, porque Jesús "pasó la vida haciendo el bien" e hizo triunfar la bondad hasta en la Cruz. Seguramente era esto mismo lo que quería decir Simone Weil cuando escribió: "No admiro a Jesús porque haya resucitado, sino porque ha muerto en la cruz". Dicho de otra forma: Jesús es para los cristianos el gran sacramento de la compasión poderosa de Dios, no porque su sepulcro haya quedado milagrosamente vacío, sino porque se acercó a los leprosos, acogió a los pecadores y compartió la cruz de los crucificados, y porque hasta en el abandono de la cruz, siguió creyendo oscuramente en Dios, esperando en Dios a pesar de todo.

Esta es nuestra fe. "La fe, bendita sea para siempre jamás, además de apartar las montañas del camino de quienes se benefician de su poder, es capaz de atreverse con las aguas más torrenciales y de ellas salir oreada" (J. Saramago).

(José Arregui, en *Cuadernos de Teología Deusto*, 33 (2005), pp. 61-88).